

Compilación de
PASCUAL SCARPINO
ORNELLA MARITANO
PAOLA BONAVITTA

Escrituras anfibias: ensayos feministas desde los territorios de Nuestra América



Escrituras anfibias: ensayos feministas desde los territorios de Nuestra América

Compilación de

Pascual Scarpino
Ornella Maritano
Paola Bonavitta

Colecciones
del CIFYH 

Escrituras anfibias: ensayos feministas desde los territorios de Nuestra América / Adriana Amparo Guzmán Arroyo... [et al.]; compilación de Paola Bonavitta; Ornella Maritano; Pascual Scarpino; prólogo de Eli Bartra; Mariana Palmero. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1645-0

1. Feminismo. I. Guzmán Arroyo, Adriana Amparo. II. Bonavitta, Paola, comp. III. Maritano, Ornella, comp. IV. Scarpino, Pascual, comp. V. Bartra, Eli, prolog. VI. Palmero, Mariana, prolog. CDD 305.4201

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación: María Bella

Imagen de portada: *Collage* realizado por María Cecilia Johnson

2021



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



La intimidad de los cuidados Una apuesta narrativa desde la epistemología afectiva

Cecilia Johnson*

Cecilia Marotta**

Paola Bonavitta*

“...pensar-con: contar cuentos. Importan qué pensamientos piensan pensamientos, importan qué historias cuentan historias”

(Donna Haraway, Seguir con el problema)

En este texto apuntamos a realizar un recorrido emocional sobre los cuidados, trabajado a modo de autoetnografía. Proponemos distintos relatos que se desprenden de imágenes, historias contadas, sueños y registros corporales acerca del ser cuidadas y cuidar.

Con estas narraciones intentamos responder a las preguntas que son nuestros puntos de partida diversos: ¿Qué relatos nos han sido contados sobre el cuidado? ¿Qué historias consideramos valiosas recuperar para construir y revisar las narrativas ya existentes? ¿Qué zonas de tensión, de encuentros y desencuentros encontramos entre nosotras?

Desde una epistemología feminista de nuestras emociones, volvemos a recorrer el valor epistémico y político de narrar y conocer, desde el registro corporal y emocional del cuidar y ser cuidadas. ¡Hay tantas formas de nombrar lo que implica cuidar!, tantas formas de contarlo. Intentaremos narrar desde los sueños, las imágenes, la música, la poesía, y la narración biográfica, desde nuestras memorias afectivas y el registro de la intimidad como potencia política.

...

* CONICET. Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad.
cecilia.johnson@unc.edu.ar

** Universidad de la República.
marottacecilia@gmail.com

* CONICET. Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades.
paola-bonavitta@gmail.com

Soñar, brotar, caer, mecer, cuidar ¿Dónde se aloja la memoria del cuidado?

Contaré mis historias de cuidado desde mis sueños, memoria afectiva, visual, sonora sobre cuidar y ser cuidada. Me pregunto si estos sueños también los tienen los varones, si el sueño de cuidar, de no poder hacerlo, de hacerlo mal, impregna los afectos, los sueños, de todos por igual.

Sueño que cuido un bebé y me siento en calma, pero aparezco en otro escenario y me lo olvido, me acuerdo que lo dejé en algún lado, pero no está. Sueño que estoy preocupada, porque no lo encuentro. Despierto. Sé que ese bebé soy yo, pero también sé que son otros a quienes cuido.

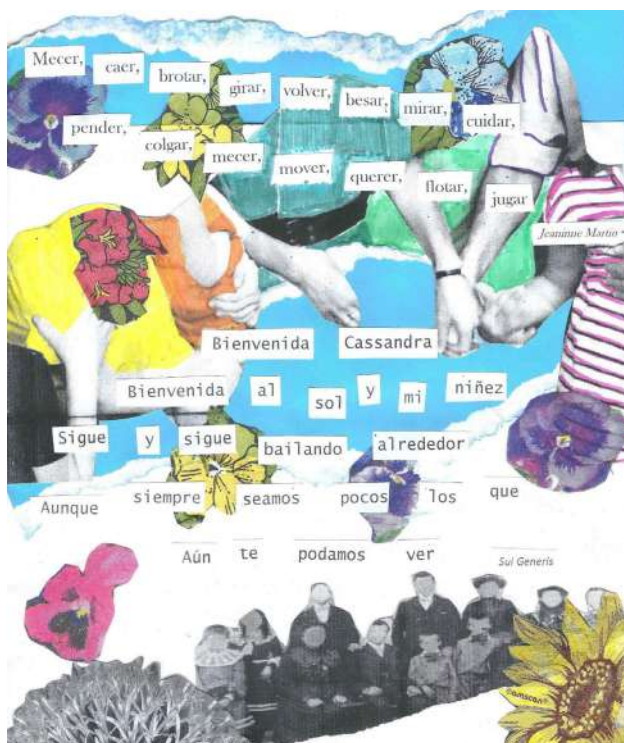


Figura N° 1. S/T. Fuente: Elaboración propia

Tengo dieciséis años y salgo de la escuela hacia la casa de mi hermana, para cuidar a mi sobrinita. Ella es una bebé muy pequeña, muy livianita, pero a las horas de estar allí, me empiezan a doler los brazos de tenerla alzada de acá para allá, de mostrarle el pajarito de la ventana del departamento, de calmarla cuando llora por los cólicos. Me gusta cuidarla, pero a la vez me asusta. Me encuentro en un tiempo y espacio donde no hay celulares, ni teléfono, pero sí un ‘manual’ que me hizo mi hermana para que no desespere. En mi memoria se mezclan distintas emociones de amor, de cansancio, de paciencia, de entender que hay tiempos de otros sobre mis tiempos. Siento que no hay manual que alcance, para los juegos, canciones, sensaciones que implica aprender a cuidar.

...

Soy muy pequeña y vivo en una casa llena de discos y libros. Mi mamá me baña y me cuenta cuentos para distraerme. Mi favorito es un cuento de dos hermanas mellizas, una de ellas siempre está metida en un lío. Le insisto que me cuente de nuevo esa historia, ella está cansada, pero al final acepta. Mi memoria me dice que ella, la que me cuida, juega, habla conmigo, también se queja. Pero no sólo ella, se quejan muchas mujeres con quienes vivo, recuerdo y sueño, mujeres que viven con la tensión de cuidar y enseñar las injusticias de lo cotidiano.

También me cuidan canciones en la voz de mi papá. ‘Carito yo soy tu amigo...me ofrezco árbol para tu nido. Carito suelta tu canto que el abanico, en mi acordeón lo está esperando’. El cantor de esas canciones no me baña, no me hace la comida, pero lo escucho decir un poco en chiste y un poco en serio: “cuando hablen los puedo cuidar”. Él nos cantó y nos contó fantasías que nos cuidaron muchos años.

Sueño despierta, les escucho hablar, les escucho en el pasillo. Eses que me cuidan dicen que la plata no alcanza, que al final no, que sí, que la pasan mal, se enferman, no duermen. Sueño otro destino para quienes me cuidan. Se graba en mi memoria que es injusta tanta exigencia en las personas que sostienen las vidas de otros.

*Tantas charlas, tanta vida
Tanto anochecer con olor a comida
Son una eternidad familiar
Que en un solo día no puede cambiar*



*Y afuera llora la ciudad
Tanta soledad*

(Barco Quieto, María Elena Walsh)



Figura N° 2. S/T. Fuente: Elaboración propia.

Estoy parada en un pasillo llorando, el sol de la siesta y el calor cordobés se mezclan con este recuerdo. Una voz me dice 'mijita por qué llora'. Mi mamá salió de casa con mi hermana y no me llevó, y una mujer me consuela tiernamente. Como si fuera un sueño extraño, despierto y soy adulta, me estoy despidiendo de ella porque está muy enferma. Estoy muy triste. Entiendo que no hay sueldo que alcance para pagar lo que se transmite al cuidar, lo que te implica emocional, corporal y afectivamente.

...Suenan una canción “infantil”, la escucho en un cassette viejo, la canta mi abuela. La canción se llama “Los días de la semana”, pero es un mantra que repite las acciones de una niña que no tenía tiempo de jugar. La canción, de música muy alegre, te hace repetir con una mímica todas las tareas domésticas que una niña hacía, como un festejo del sacrificio femenino como destino.

*Lunes antes de almorzar, una niña fue a jugar.
Pero no pudo jugar, porque tenía que lavar.
Así lavaba así, así. Así lavaba así, así.
Así lavaba así, así. Así lavaba que yo la vi.*

*Martes antes de almorzar, una niña fue a jugar.
Pero no pudo jugar, porque tenía que planchar.
Así planchaba así, así. Así planchaba así, así.
Así planchaba así, así. Así planchaba que yo la vi.*

*Miércoles antes de almorzar, una niña fue a jugar.
Pero no pudo jugar, porque tenía que coser.
Así cosía así, así. Así cosía así, así. Así cosía así, así.
Así cosía que yo la vi...*

(Los días de la semana. Gabi, Fofó y Miliki)

...

La vida de mi tatarabuela, inmigrante, hija mayor que crió a sus diez hermanos, es una historia de cuidados y descuidos. Cuentan que un día, mientras su mamá no estaba, se puso a jugar con su muñeca y se olvidó de sus hermanitos a quienes tenía a su cuidado. Luego, cuando su mamá volvió y la encontró jugando, le tiró la muñeca a la letrina. Esta historia sobrevivió en la voz de mi abuela, de mi mamá, de mi tía. En la memoria colectiva familiar nos ha marcado tanto, que se han escrito historias sobre ella, la recordamos, la transmitimos, es una historia de injusticia.

Veo la cara de la madre, de esa niña, en una foto, veo su cara seria. Sueño que sus sueños han sido los mismos seguramente, sueños de injusticia. Sueño que este sueño es mi tatarabuela, pero también muchas niñas y mujeres en la historia.

Estás en mí, como está la madera en el palito

Cuando llegó mi hermana nos abrazamos en la puerta. Al entrar al cuarto soleado, vio a mi madre ya muerta. Nuestra madre, estaba sin ropa debajo de la sábana, y, al notarlo, mi hermana volvió hacia nosotres y dijo que así no la llevaban.

Así no puede irse, dijo y sentenció. Porque la palabra de mi hermana tiene el tono de lo que debe hacerse, y la mayoría de las veces tiene razón. Quizás mi hermana piense lo mismo de mis dichos, que son como sentencia. Es lo que tiene la relación de hermanas, amores y desamores.

Esta vez la orden de mi hermana venía de otro lugar que no era la razón, sino de unos sentimientos que estaban flotando sobre la desnudez del cuerpo.

Quienes allí estaban le pusieron un pantalón babucha azul cielo, que habíamos comprado juntas con mi madre, en una feria artesanal de Salvador de Bahía. Ella adoró Bahía cuando fue por primera vez y yo, todavía, no conocía ese lugar. Mi madre, *bien blanca*, quedó maravillada con esa ciudad.

Recuerdo ese pantalón color cielo, quizás porque ella decía que nos quería más allá del cielo azul. Y yo hoy pienso que ella me está mirando de arriba, cual estrella, que me enseña cómo la vida viaja en el tiempo y encarna en un cuerpo, en un espacio y tiempo definidos. La veo con su sonrisa cuidándome y prodigando su alegría y su amor.

Ese gesto de mi hermana se me vino a la mente cuando hablamos de escribir, mi hermana me mostraba unas dimensiones del cuidado que yo no entendía, y que me llevó mucho tiempo comprender. Y es que cada una, cada uno, cada uno cuida de modos diferentes, entiende cosas diferentes acerca del cuidado.

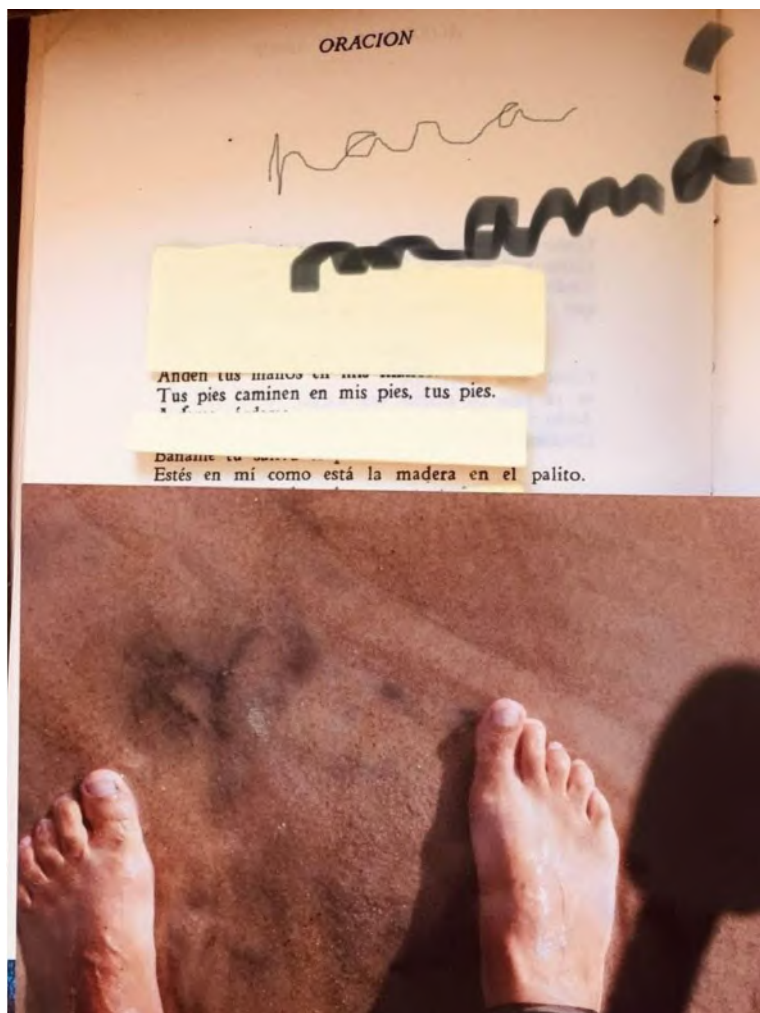


Figura Nº 3. Título: Composición con Gelman, J. (1989).
Fuente: Elaboración propia.

¿Quién nos cuida más o mejor que una madre? Crecí con esta respuesta. Y luego me di cuenta que es la respuesta que flota mayormente en el aire, cual globo...

Y bastará con que un niño piense una avispa, y mande zumbando sus globitos transparentes desde el lugar justo de su remolino, para que todos, como una reacción concatenada estallen sin sonido alguno y desaparezcan, estableciendo así un axioma que rece que dura lo mismo una verdad que una mentira" (Sepúlveda, 1984, p.77).

Es difícil a veces aceptarlo, y mucho más sentirlo y pensarlo, lejos de la moralización y cerca de la vida. No sé bien porqué se me viene a la escritura esto, quizás porque quiera desanudar amorosamente esta idea de que las mujeres madres somos las mejores e insustituibles cuidadoras. Se me viene a la mente la mujer de la ilusión y la ecuación mujer-madre, que siempre quise intuitivamente, desanudar en mí y en las demás.

En mi trayecto vital he sido cuidada y sostenida por mujeres de mi familia, entrelazadas y en disputa a veces, las unas con las otras. Y también por mi padre, sosteniendo y prodigando cuidados aún a la distancia forzada que imponía la dictadura militar en mi país. Una pareja inusual, no conviviente y en escenarios cotidianos absoluta y radicalmente diferentes, cuidando a sus dos hijas, una pareja, un paisaje de @criaturacorazón.



Figura N° 4. Título: Paisaje.
Fuente: @criaturacorazón.

Ahora que se acerca el día de la madre, vuelven las propagandas mecánicas y maquinicas. No sólo con su venta de electrodomésticos sino con todos los mensajes ideológicos en las ofertas de Mayo.

Los cuidados también se venden y se compran, son servicios hacia otros. Lo veo en las ofertas de los colegios y de los clubes deportivos, en el alquiler de los servicios de cumpleaños infantiles, en los espacios recreativos en los hoteles, en los espacios en los shoppings también para niños y niñas, en las pantallas y las redes sociales. Venimos asistiendo desde hace muchos años a la ampliación y diversificación de estos cuidados. Y si antes los cuidados parentales estaban en las familias, ahora es el Estado, el mercado y las familias quienes toman de suyo los modos de resolución.

Pero en las familias, aún recaen sobre las mujeres, y las familias no están por fuera de nosotras. Me pregunto entonces, y me dejo habitar por preguntas que me interrogan íntegramente, ¿qué hacemos las mujeres para sostener estas desigualdades? Lo hago desde mi niña adulta, que siento miedo a veces, tristeza a veces, de no ser comprendida.

Cuidaría de mi madre siendo niña, si pudiera estar ahí, donde ella fue niña. Quién sabe bien si habría sido diferente. Ella fue la primer feminista que conocí en mi vida, me enseñó la desigualdad de ser mujer y los poderes de las mujeres, fue una leona defendiendo a sus hijas y trabajó todo el tiempo. A veces me he preguntado acerca de aquellas otras ventanas y puertas que ya tenemos abiertas las mujeres, entre otras cosas, gracias a ellas, quienes nos precedieron.



Figura N° 5. S/T. Fuente: @untonga__

En los días previos a la defensa de tesis soñé que volvía a la escuela donde hice toda la primaria. Iba de la mano con una niña y la llevaba hasta el salón de 3° año. Hasta allí íbamos y seguíamos recorriendo la escuela, como quien la conoce por primera vez. En el sueño yo aparecía con una niña de la mano, quizás podría ser mi hija, o incluso podría ser yo misma. En mi 3° año escolar sucedió que la maestra recibió, en clase, la noticia de que a su esposo, un militar preso por la dictadura, le habían dado la libertad. La maestra estalló de júbilo ahí mismo y dejó la clase. A ese salón, donde yo había cursado, llevaba a mi niña. Ese año creo que marcó un camino diferente, mostrándome que era necesario expresar con

libertad aquellas emociones en cuerpo y alma. De este modo también, el sueño volvía a traerme las preguntas acerca del conocimiento experiencial y encarnado de niños y niñas, ¿cómo recuperarlo? Siempre supe que allí hay claves de transformación, que tienen la potencia de quien conoce por primera vez, y en ese viaje del conocimiento primero, no para una de asombrarse ni de emocionarse.

ella, yo, nosotras

Yo cuido
Tú cuidas
Ella cuida
Nosotras cuidamos
Vosotras cuidáis
Ellas cuidan

Allí, donde nadie parece mirar, donde el ojo no se posa y la naturalidad lo habilita, hay siempre una mujer cuidando. Allí, adonde no termino de reconocerme, también estoy siempre cuidando. Allí donde no querés mirar, y aún a pesar de tu supuesta libertad, también cuidás.

Tengo derecho a ser cuidada
Siento alivio al sentirme cuidada
Amor-desamor-enojo-terror-rabia-ternura de tener que cuidar

Cuidados esenciales, necesarios, exigibles. Nadie pone en duda la necesidad de recibir cuidados. Pero ¿quiénes piensan en las cuidadoras? ¿Hay deseo de cuidar? ¿Sentimos placer cuando lo hacemos? ¿Qué pasa con las emociones que nos guardamos? ¿Adónde van a parar?

Ella recibe cuidados por otra ella
Ella limpia para otra ella que, a su vez, le cocina a otras y cuida incluso a ese marido adulto que no necesita ser cuidado. Así, sin más.
Como destino, como obligación, como lo que sucede cuando la biología nos define



Cuidamos aún cuando no lo notás. Cuando creés que estamos disfrutando. Cuando creés que nos gusta. Incluso cuando creo que me gusta. No puedo ver más allá de otras maneras: ¿cómo hacerlo distinto? ¿Cómo hacer para que el peso de la soledad no recaiga mientras limpio el inodoro o sostengo tu tubo de oxígeno pensando en que desearía estar flotando en el río al sol? ¿Cuánta humanidad/deshumanidad siento al momento de cuidar/descuidar?

Clan de brujas

“Naciste un domingo de sol, así... brillante, yo te recibí” cuenta mi abuela, partera, cocinera y enfermera, y está presente mi madre, otra enfermera de oficio y práctica obligada. Un clan de mujeres cuidadoras, como el tuyo, como el de ella, como el de tantas... Mujeres sanadoras y curanderas que, con la palabra, algunos yuyos y pases mágicos siempre supieron cómo hacerme sentir mejor. A mí y a quien se le acercara pidiendo sus sanaciones no avaladas por la ciencia. Mi mamá se hizo enfermera un poco por herencia de una abuela que había encontrado allí un oficio y un poco porque la vida y la pobreza la obligaron. Desde los 11 años tuvo que cuidar a su abuela que había dejado de caminar y “le tenía que cambiar los pañales”, cuenta con la bronca hecha carne de una niña que perdió su niñez.

Crecí viendo cómo los varones proveedores desde la mesa ejecutaban órdenes sencillas que no daban descanso a las mujeres del clan. Las miraba y pensaba que no quería vivir así, alcanzando cosas, preparándoles la ropa o la comida, de aquí para allá intermitentemente.

Podía darme cuenta de que mi mamá era la última en irse a dormir y la que se despertaba con el amanecer. Durante el día repetía “tenés que estudiar así vivís mejor”. Ahora yo, con mis privilegios y mis guerras internas y externas, repito esa historia. Ni el estudio universitario ni los tránsitos feministas lo impidieron.

Mi hija también nació un domingo de sol. Y mi viejita estaba allí cuidando a mi hijo mayor para que yo pudiera parir tranquila. Igual que estuvo conmigo cuando iba a nacer el primogénito: “Ponete la faja después, se siente feo la panza cuando sale el bebé”, me dijo. Y con esa frase me dio pistas para comprender el tremendo puerperio que se avecinaba y del cual nadie me había hablado. Un puerperio en el que moría mi antigua yo y

nacía una cuidadora de tiempo completo, dejando en la sala de parto todo posible tiempo libre y descanso mental.

Recuerdo el llanto desconsolado cuando mi mamá se fue y quedé allí con mi bebé de días y una bolsa de miedos. Ya nadie me sostenía. Y yo debía cuidar de mi pequeño. Y algo en mí se desgarraba y llegaba ese terror a no poder, a no ser capaz ni suficientemente buena madre (ese mandato patriarcal que repiqueteaba en mi cabeza en aquellos tiempos y que intento desarmar cada día).

Allí reside mucho de esto de cuidar: a veces parece no acabar jamás, a veces parece que el cuidado es siempre insuficiente o mal hecho, invisible y obligatorio. Y muchas veces el amor convive con el cansancio, el desgaño y la soledad dentro de ese cuerpo-para-otros.

¿Cuándo me toca?



Figura N° 6. S/T. Fuente: Elaboración propia.

El tiempo parece lejano, allí en un lugar que no me pertenece. Lo miro desde lejos queriendo atraparlo, conviviendo con la idea de no-tiempo, del tiempo como arte. Pero hace tiempo que no tengo tiempo, con redundancia intencionada. El sistema nos consume teletrabajando y los días comienzan y terminan en una tecla. La tecla B, de Basta. En la pandemia, el capitalismo logró el objetivo final: la aniquilación del tiempo libre. El disfrute pasa por lograr dormir un poquito más sin responder a las teclas o a los *ringtones*.

Intentos de autocuidados y de límites a la demanda permanente de otros pero también de mí misma que caí en la trampa de creer que la productividad es la razón de la vida y ahora ando en busca de nuevas razones que me permitan reapropiarme de esa ficción que es mi tiempo.

Añoranza de un tiempo en el que construía recuerdos dignos de contar. El teletrabajo, las tareas escolares, la simultaneidad y domesticidad de la vida misma han hecho de muchos micromundos espacios hostiles, laberintos sin salidas visibles y el autodescuido como clave de estos tiempos.

Narrar para imaginar, imaginar para transformar: otras formas de cuidar y ser cuidadas ¿deben/pueden? ser posibles

Este artículo pretende salirse de los marcos convencionales de la escritura académica, indagando en otros estilos pero también utilizando la autoetnografía como recurso que recupera las emociones, las subjetividades y las vivencias de una experiencia transversal a la vida misma como son los cuidados. Poniendo el cuerpo en sentidos diversos: desde la experiencia y también como apuesta política desde una investigación que involucre la mirada de las investigadoras.

Cual espiral entre activismo-vida cotidiana-academia, transitamos un proceso que nos coloca en investigadoras del tema cuidados, pero también en cuidadoras y sujetas activas de la distribución de los cuidados. La posibilidad de incluir los procesos de afectación de las pesquisadoras se convierte en un ejercicio de reflexividad fuerte e intenso, necesario para ampliar los horizontes de construcción colectiva con otras y otros. Desde esta perspectiva, investigar sobre cuidados nos lleva a plantear nuestras propias experiencias como fuente de conocimiento y análisis. Y, como feministas, consideramos que lo personal es político y que las narraciones de historias que forman parte de la intimidad de los cuidados recibidos y dados, las cuales pudiesen -en apariencia- formar parte del espectro de aquello “que se preserva”, es también una apuesta política por colocar a los cuidados en el centro de la vida y de su sostenibilidad.

Mapear las memorias del cuidado nos permite adentrarnos en las marcas de la división patriarcal del trabajo de este trabajo en nosotras, entre géneros, generaciones, en contextos sociales e históricos diversos. La construcción de relatos mínimos sigue el propósito de desmontar las ficciones o versiones de cuidados que hemos recibido y que reproducimos.

mos incesantemente en los diferentes espacios que habitamos, las unidades domésticas, las universidades, las calles. Acceder a la experiencia y la intimidad de los cuidados nos permite ver figuras destacadas y secundarias, afectos ligados al desempeño de las tareas, omisiones o vivencias de diversa tonalidad afectiva. Pero todas con la misma capacidad de afectar y ser afectadas por las otras mujeres y varones que pueblan nuestros relatos. Paisajes sonoros y olfativos, plagados de la sensorialidad con que se imprimen las primeras marcas de bienvenidas a la vida: el canto de un padre, la sabiduría de nuestras abuelas, las banderas ideológicas de nuestras madres. Paisajes actuales de pandemia, conviviendo con el virus del capitalismo.

Nos preguntamos en nuestros encuentros y análisis ¿qué estamos haciendo con y por los cuidados? ¿Cómo desarmar las condiciones opresivas en las que estos trabajos se llevan a cabo? ¿En qué lugar/espacio/tiempo quedan los autocuidados posibles? Vemos que en la sostenibilidad de la vida pareciera aparecer una nueva división sexual del trabajo: la familia sana/independiente/autónoma queda como patrimonio de los varones y la familia dependiente/insana/con discapacidad es patrimonio de las mujeres; sin pensar en soluciones comunitarias, colectivas, que den cuenta de los cuidados como una apuesta política-social. Y, mientras sigamos pensando que la familia y les familiares son patrimonio de sujetos individuales, generalmente de las mujeres del hogar, serán las personas individuales quienes respondan por ellos. En tanto la familia patriarcal se mantenga como baluarte en materia de salud, su déficit, fragilidad, insania o discapacidad, será adjudicado al desempeño de las mujeres, poniéndolas en tela de juicio. Es por ello que esta apuesta por un relato que apela a la memoria individual y a las memorias colectivas del cuidado, constituye otro punto de partida para poner en el centro de la discusión política la división patriarcal de tareas que permitan y posibiliten la sostenibilidad de la vida, así como las incomodidades -corporales, emocionales- que vivenciamos al analizar un tema que nos atraviesa de múltiples maneras.

Por último, la intención de esta escritura es aportar a una trama donde imaginar soluciones comunitarias y colectivas para los cuidados, en clave de una apuesta política y social. La construcción narrativa, visual y sonora acerca de la intimidad de los cuidados, nos permite la polifonía de voces y un nosotras que se constituye y destituye cada vez, como acción política, que invita a narrar/vivir otras formas de cuidar y ser cuidadas.

Bibliografía

- Brum, M. (@criaturacorazon) (13 de agosto 2020) (Fotografía)<https://www.instagram.com/p/CD2ahrsJZI1/>
- Gelman, J. (1989) Violines y otras cuestiones/El juego en que andamos/Velorio del solo/Gotan. Buenos Aires: Libros de tierra firme.
- Haraway, D. (2019) Seguir con el problema. Madrid: Consonni.
- Sepúlveda, L. (1984) Los miedos, las vidas, las muertes y otras alucinaciones. Buenos Aires: Nordan Comunidad.
- Untonga, |. @untonga (27 de enero 2021) Escuchar a la niña (Fotografía)
<https://www.instagram.com/p/CKkMBP9ALrm/?hl=es-la>.